

## Ancianidad y contemplación. (II)\*

### c) *La ancianidad en la cultura moderna*

La cultura de occidente se nutrió de estas dos fuentes, la clásica y la bíblica para dar sentido a la vida humana. Las duras etapas por las que ha atravesado en los dos milenios de su existencia explica el que haya prestado mayor atención a las calamidades de la vida que no a las posibilidades de realización. El pesimismo es una constante acerca de la realidad de lo humano. Los medievales fueron muy sensibles a esta faceta doliente de la existencia. Mientras los goliárdicos cantaban en la universidad, el *gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus, post jucundam iuventutem, post molestam senectutem, nos habebit humus*, Lothario dei Conti de Segni escribía su tratado de las miserias de la vida humana. Los escritores moralizantes se complacían en presentar a los mortales esta doliente realidad para inducir al hombre a ser sensato y vivir conforme al evangelio. Fray Luis de Granada es buen testigo de esta concepción de la vida, en la que la esperanza debe prevalecer por encima de las miserias, pero éstas ahí están como peso que amenaza el hundimiento de la barquilla humana. La consideración de la edad madura ha sido una constante de esta cultura. Los ancianos la han mantenido muy viva con el ejercicio de escribir las *Memorias* con la nostalgia de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”.<sup>11</sup>

No es posible ocuparnos de los diversos momentos y consideraciones culturales acerca de la ancianidad. En buena parte se forjan en dependencia de las diversas concepciones del mundo y del hombre. Estas han florecido mucho más en la época moderna y siguen multiplicándose en la postmoderna. Las dejamos por ahora, y sólo hacemos alusión a la obra de Simone de Beauvoir, que afronta el tema con gran inquietud por la situación actual de la ancianidad, y con el intento de darle solución desde la perspectiva existencialista.

---

11. El tema de las edades de la vida y sus contrastes, sobre todo entre juventud y vejez, aparece con crudo realismo en la poesía medieval. Cfr: J. OROZ RETA, *Lírica latina medieval*, I. *Poesía profana*, BAC, Madrid, 1995

---

\* Véase ESPITIRU XLVI/116 (1997), pp. 169-181

*Simone de Beauvoir* (1908-1986) se cuenta entre las mujeres ilustres del s. xx. Al tratar de dar razón de la situación cultural de la mujer, partiendo de que el varón en las diversas culturas a lo largo de la historia de hecho no la mirado con "buenos ojos", cambié de óptica y busqué las respuestas de la boca de las mismas mujeres. Fueron tres las que respondieron a mi pregunta y la primera fue Simone de Beauvoir.<sup>12</sup> Su libro sobre el problema de la mujer fue la primera piedra que removió las aguas tranquilas del lago femenino. Ninguno de los ensayos que han seguido ha tenido el mismo impacto. Su producción literaria es muy amplia, la filosófica es notable, su filosofía se sitúa en la órbita del existencialismo sartriano, del cual depende y a cuya causa sirve. Ella era una sola cosa con Jean Paul Sartre, con el cual fundió su existencia y al cual siguió como la sombra luminosa al cuerpo. El ensayo sobre la vejez está escrito en 1969. No ha brotado de su pluma por arte de magia. Es una obra muy documentada y traspasada de un aliento humanista, de compasión, de denuncia, de valiente defensa de esta edad de la vida por la sola condición de ser humana.

El libro se abre con el episodio de Siddharta, el príncipe a quien su padre tenía bien encerrado en el palacio del cual un día se escapó con el cochero para dar una vuelta por la ciudad. Se encontró de pronto con un hombre enfermo, desdentado, lleno de arrugas, cubierto de canas, encorvado, tembloroso, apoyado en un bastón, lamentándose. Quedó sorprendido de este encuentro. El cochero le explicó que era un viejo. ¿Qué desgracia, gritó el príncipe, que la gente débil e ignorante, enloquecida del propio orgullo de su juventud, no sea capaz de descubrir la vejez!. Volvamos a casa. ¿Para qué me sirven los juegos y los placeres, si soy la morada de la vejez futura?. Así Budda reconoció en un viejo su propio destino, porque nacido para ayudar a los hombres, quiso asumir su propia condición. Se distinguió de ellos en esto, que mientras los demás esconden los aspectos que les desagradan, y en particular la vejez, él los tuvo presentes.

También a Simone le sale la vejez al paso, y con interrogantes que recuerdan el grito del célebre sermón de Montesinos ante los españoles que oprimían a los indios, se plantea la cuestión de la vejez en estos términos: ¿No son los viejos seres humanos? A juzgar por el modo con que son tratados en nuestra sociedad, es lícito ponerlo en duda. Ante esta sociedad ellos no tienen las mismas exigencias y los mismos derechos que los demás miembros de la colectividad: a estos se les niega lo mínimo necesario. Para tranquilizar la conciencia de la colectividad, los ideólogos han inventado mitos, que resultan contradictorios, pero que incitan al adulto a ver en el anciano no un semejante a él, sino un "distinto": el sabio venerable que domina desde lo alto el mundo terrestre, o el viejo loco, extravagante y caprichoso. Que se le ponga por encima, o que se le ponga por debajo de nuestra especie, será siempre un desterrado. Pero en vez de penetrar en la realidad se prefiere ignorarla radicalmente; la vejez es un secreto vergonzoso, un sujeto prohibido. Este ha sido el motivo que me ha impulsado a escribir este libro. Me he propuesto describir la condición de los parias y su modo de vivir, he querido escuchar sus voces: nos vemos obligados a reconocer que se trata de una voz humana. De este modo se llegará a comprender que la suerte infeliz que les ha tocado denuncia el fracaso total de nuestro

12. Cfr. A. LOBATO, *La pregunta por la mujer*, Salamanca, Sígueme, 1976

sistema social: es imposible conciliarla con una moral humanista profesada por las clases dominantes. "Es preciso romper la conjura del silencio. Pido a los lectores que me ayuden en esta batalla".

El libro es una valiente defensa de la condición del anciano y en pro de una suerte mejor en la sociedad actual. La autora trata de dar a conocer en su cruda realidad la situación inhumana del anciano. Para ello adopta la perspectiva de la totalidad. En un primer momento se sitúa desde el punto de vista exterior y recoge los abundantes datos de la biología, de la etnología, de la historia y los datos que proporciona la sociología actual. Esta visión externa, rica en documentación, con abundantes digresiones en las culturas del pasado, en los mundos primitivos, es como un apasionante viaje a través de las aventuras del anciano en el curso de la historia. La realidad es bien cruda. Pocas veces en la historia la ancianidad ha sido tan maltratada y tan relegada en la sociedad como en el momento presente. La segunda parte de la obra adopta el punto de vista interno, la experiencia vivida, la situación real que atraviesa en nuestra cultura, qué significa descubrir y asumir la vejez, la experiencia corporal de sentirse viejo, la percepción del tiempo, de la actividad humana, de la historia, la dura realidad de la vida cotidiana. Todo ello ilustrado con ejemplos de viejos que pueden ser "ejemplares de vejez".

Tratando de unir los dos puntos de vista, el exterior y el interior, se puede llegar a una conclusión teórica y práctica. "La vejez no es una conclusión necesaria de la vida humana". No va de la mano con la necesidad de nuestra contingencia. Depende en buena parte de la conciencia cultural y del puesto que les otorga en la vida social. Se llega a estimar que el hombre está fatalmente destinado a pasar por las diversas situaciones de la vida: crecer, madurar, envejecer, morir. Todo es fatal. Eso no es humano. Es preciso dar sentido a la existencia en todas sus etapas. "La vida conserva su valor mientras se da valor a la vida de los demás, a través del amor, la amistad, la indignación, la compasión. Sólo en esta caso hay razones para actuar y para hablar". Se habla de prepararse para entrar en la vejez, y todo consiste en hacer reservas de dinero, en buscar el lugar adecuado, en ocuparse en lo que le agrada. Eso no basta. La mayoría no puede lograrlo. A la mayor parte se les niega el poder dar sentido a la propia actividad. Una vez que llegan a ser pensionados les cae encima el peso del aburrimiento. La sociedad actual valora sólo lo útil, lo rentable. Los ancianos quedan marginados porque ya no son productivos. Al dejar a los ancianos marginados, la sociedad actual desvela su secreto: trata a los hombres como mercancía, y cuando ya no son rentables, los deja al margen. El remedio tiene que curar el mal y devolver la salud. No hay otro sino el de tratar a los hombres como tales, no sólo en la vejez, sino toda la vida.

Las palabras finales son éstas: "Cuando se ha comprendido cuál es la condición de los viejos, no se puede quedar satisfechos con la sola exigencia de una "política para la vejez" más amplia con aumento de las pensiones, con departamentos sanos, con diversiones organizadas. Lo que está en cuestión es todo el sistema. La alternativa tiene que ser radical: se debe cambiar la vida en su totalidad".<sup>13</sup> En realidad Simone de Beauvoir ha sabido hacer una lectura

13. SIMONE DE BEAUVOIR, *La vieillesse*, Editions Gallimard, 1970. Trad. italiana, *La terza età*, Einaudi, Torino, 1988

“humanista” de la realidad y de la situación cultural de los ancianos, y ha levantado su voz de protesta contra tal situación. Algo análogo había realizado en pro de la mujer. Ha presentado al problema en su crudeza y ha indicado una vía de solución. Es aquí donde su libro se muestra inconsistente. El humanismo que ella defiende es, como el de Sartre, el humanismo ateo, el del hombre con el hombre en un horizonte materialista. La sociedad que ella sueña ver instaurada es la sociedad comunista, no sin cierta contradicción con su misma denuncia, porque si hay alguna sociedad donde todo sea materia y objeto es precisamente la que ideó Marx y la que se ha derrumbado con estrépito por su condición inhumana, con la caída del muro de Berlín en el año 1989.

### 1.3. Ancianidad y humanidad

A través del prisma de estas reflexiones que nos ofrece la cultura del pasado en torno a la ancianidad, tenemos la pista más despejada para aproximarnos a nuestro objetivo, al significado de la ancianidad como etapa humana. Estamos en condiciones de una nueva comprensión actualizada de la ancianidad, desde la perspectiva cultural. La llamada tercera edad es una de las etapas de la humana existencia, toda ella fluente y decurrente. Y es en esta edad cuando se dispone de madurez, de tiempo y de ocio cultural. Esta etapa proporciona el tiempo propicio para realizar lo que en las etapas anteriores no fue posible. Es la hora no sólo para el turismo de cualidad, como hacen ya los alemanes y los japoneses, sino también la hora de poder entrar en la Universidad, como se impone en todas las naciones. En Alemania hay más de 100 universidades dedicadas a la tercera edad. Este hecho es un signo de los tiempos. La exaltación de los valores vitales, como ocurría con la filosofía de la vida, fue típica de principios de siglo y sólo ponía los ojos en la juventud. ¡Nietzsche era su apóstol en Alemania y entre nosotros la exaltaba Ortega y Gasset!

La vida sí, pero en su analogía y con su escala de valores. La ancianidad consigue su hora de equilibrio como la etapa a la cual se llega y en cual el hombre conquista lo que en el fondo anhelaba, ser él mismo y vivir en plenitud como hombre, con sus raíces bien dirigidas hacia lo alto. La ancianidad como etapa humana, etapa de madurez, ya abre camino y está llamada a ser aceptada con todas sus consecuencias. Cuando la cultura actual se quite el antifaz de lo utilitario, supere la miopía de la razón técnica y científica y la ambición de someter la realidad a sus exigencias de dominio, la ancianidad puede ser tenida en cuenta como es justo y todo hombre anhela para sí mismo. Contra la tendencia a la fuga de la ancianidad, a evitarla como el mal y la muerte, a esconderla porque es débil físicamente, hay que imponer un modo nuevo de acogerla, valorarla y propiciar el desarrollo de sus cualidades de madurez humana, entre las cuales está en primer lugar la actividad que designamos típica del *homo sapiens*.

## II. La contemplación, tarea del “homo sapiens”

### 2.1. La vida y la acción primordial

¿Qué puede hacer el anciano? En la sociedad dirigida por la fuerza, la utilidad y el dominio, no cabe sino la marginación. Es un ser inútil. Pero en una cultura y en una sociedad a la medida del hombre, puede desarrollar su vida en plenitud. Vamos a ver el nuevo horizonte de la actividad humana. Partimos de

la vida, de sus actos y encontramos que el “homo sapiens” en nuestro tiempo ya no necesita tanto de la fuerza, de los músculos, cuanto del ejercicio integral de sus dotes humanas, y en el panorama integral de las actividades del hombre hay que contar con las tres, la sapiencial, la virtuosa y la utilitaria. La contemplación emerge en este horizonte de totalidad. En la hora de la informática, la cultura vuelve a sus principios y se ejerce con el talento y con la mano, que son los signos de la apertura del hombre. La actividad humana es tarea y ejercicio hábil de los dedos dirigidos por la mente, una tarea que tiene analogía con el ejercicio musical.

No es posible dar un sentido a las actividades humanas si no se tiene previamente una idea adecuada del hombre mismo. La raíz del problema está en la antropología en el humanismo subyacente. Es aquí donde la cultura moderna tiene su mayor laguna. Sabemos más cosas que nunca del hombre, pero ignoramos más que nunca qué es el hombre. Y esto es muy grave cuando el hombre se ha colocado en el lugar del ser, a partir del giro antropológico kantiano. El salmo 8 nos orienta en esta cuestión del hombre con un panorama total. La antropología cristiana tiene sólidos fundamentos y una clara respuesta a la cuestión. El hombre es *imago Dei*. El hombre ha salido de la mano de Dios, y se realiza en dos modelos perfectos, Adán y Jesucristo, el primer hombre y el hombre perfecto. El hombre es ser personal, compuesto de alma y cuerpo, con una vocación y un destino que sólo en Dios tiene complemento. El hombre se constituye desde el espíritu, desde la forma espiritual y desde sus operaciones humanas. Desde esta perspectiva es posible orientar todo lo humano, en torno a la verdad sobre el hombre, y desvelar en qué consiste la vida humana y qué es vivir conforme a la dignidad del hombre.

Ya hemos recordado la célebre sentencia de Aristóteles, *vivere viventibus est esse*:<sup>14</sup> el vivir es el ser de los vivientes, la vida se realiza en los actos del viviente. Los actos siguen al ser y tal es el ser, en su naturaleza, tal es su obrar y su actividad. Si el ser del hombre se constituye por la presencia del espíritu, por la forma espiritual que lo constituye, sus actos propios tienen que llevar el carácter de la espiritualidad o de la racionalidad. Desde esta perspectiva de los actos del vivir y de la vida misma se puede alcanzar un panorama de la totalidad. Aristóteles lo había intuido al concebir el acto como “energeia”, incremento en sí mismo y en el acto.<sup>15</sup> Pero ha sido Tomás de Aquino quien ha trazado el panorama de la totalidad de lo real, a partir del acto y de los niveles en que se realiza, desde los seres materiales, pasando por los vivientes, por el hombre y los espíritus hasta llegar a Dios mismo y tener una cierta inteligibilidad del misterio del Verbo, como manifestación de la vida de Dios.<sup>16</sup> Este mismo principio nos orienta para saber en qué actos se realiza principalmente la vida humana.

Hay que recurrir a los actos que llamamos humanos, los que proceden del sujeto humano y están bajo su dominio. Es preciso ser consecuentes y mantener la primicia de lo humano en esta fuente de la espiritualidad. El ser racional vive de los actos de la racionalidad y en ellos se desarrolla y alcanza la plenitud. Es

14. ARISTÓTELES, II *De Anima*, 4, 415 b 13.

15. ARISTÓTELES, II *De Anima*, 5, 417 b 15.

16. SANTO TOMÁS, SCG, IV, 11.

preciso volver a tomar en serio la condición del hombre como ser racional. En nuestro tiempo se tiende a dejar prevalecer la irracionalidad a lo que lo humano está expuesto siempre como a una caída en el precipicio. Ahora bien la actividad vital humana desde esta vertiente de la racionalidad o de la espiritualidad se despliega en las tres direcciones de su naturaleza, en la sapiencial, la virtuosa, la utilitaria, es decir en el conocer, en el dirigir la libertad dominadora, y en disponer de las cosas para el bien del sujeto humano. Topamos así con las tres dimensiones radicales del vivir humano, la teórica o cognoscitiva, la práctica o directiva y la fabricadora o artística. En ellas se actualiza lo humano y se hace real la vida del hombre. Surgen así los tres tipos de hombre, *sapiens*, *prudens*, *faber*!

El hombre es uno solo, las direcciones múltiples. Compete al hombre mantener la unidad en la variedad. Cada una de las actividades tiene una primacía. En el orden objetivo tiene que prevalecer el *sapiens*, en el subjetivo el *prudens*, en la realización con el mundo, el *faber*. Resultado de la primacía de cada uno de ellos es la cultura dominante. La nuestra ha dejado la orientación en manos de la técnica dominadora, de la ciencia que se pone a su servicio, y deja en la sombra la orientación del hombre mismo, que va a ser tratado como cosa y objeto de dominio más que como hombre. Tres caracteres de nuestra cultura nos indican el puesto que ocupa cada una de estas actividades: el hombre actual mantiene un cierto rechazo a la *verdad*, por nada del mundo renuncia a la *libertad* que reivindica como absoluta, y busca ante todo el *dominio* y la *eficacia*. Por esto prevalece la dirección utilitaria y el hombre retorna a la caverna del subjetivismo. Es preciso ayudarlo a encontrar la salida de su propio infierno, que pueda decir, como Dante, *riuscimmo a riveder le stelle*! Para ello tiene que organizar el primado de sus actividades, y recobrar el puesto de privilegio de la contemplación. Desde esa primacía puede ayudar a la ancianidad a realizarse como etapa madura del hombre y ofrecer a los ancianos en su madurez el puesto que les compete en el mundo actual. En vez de marginarlos, poder contar con ellos para humanizar el mundo y dar sentido a la cultura. Es preciso redescubrir la función contemplativa de la vida humana.

## 2.2. La actividad de la contemplación

La contemplación es una actividad típica del hombre. Debemos a los griegos la penetración en esta zona de lo humano. Ellos la designaban como *θεωρία*, un modo de “ver” las cosas con los ojos de la mente. Por esta actividad se abre al hombre un horizonte mucho más amplio que el cosmos. Lo describe Heráclito invitando a penetrar en las profundidades del alma: “Camina, camina, por mucho que andes no llegarás al confín, tan profundo es su logos”.<sup>17</sup> Lo describió gráficamente Parménides como un viaje en carroza, más allá de la puerta donde se bifurcan los senderos, el que lleva al ser y el que conduce a la laguna de la nada hasta el férreo corazón de la verdad.<sup>18</sup> Y con mayor penetración aún, entre mito y realidad, Platón ha descrito esta tarea humana con el mito sugestivo de la caverna, de la cual es posible salir hacia la región de las ideas que brillan

17. HERÁCLITO, *Frag.* 22 B, 45 (*Diels*).

18. PARMÉNIDES, *Frag.* 8 B (*Diels*)

como el sol.<sup>19</sup> Pero ha sido Aristóteles quien ha analizado la contemplación como el acto más alto de la mente y como la actividad suprema de la vida humana, porque corresponde a lo que hay de más divino en el hombre.<sup>20</sup>

La contemplación es el acto más noble del hombre, el más apropiado para conseguir la felicidad. Distingue tipos de vida, conforme a la actividad: la vida voluptuosa, que anda tras los placeres del cuerpo, la vida política que sirve a las *res publica*, y la vida que se ocupa de la búsqueda y la contemplación de la verdad. Entre las tres, es ésta la que tiene mayor cualidad humana, porque el hombre es ante todo aquello que es lo más alto, y esto es el entendimiento.<sup>21</sup> Esta tradición griega dio la primacía al entendimiento, a la verdad y a la contemplación. La vida contemplativa es la que lleva a la felicidad, cuando es capaz de alcanzar su objeto adecuado. Es normal que esta actividad, en su plenitud, no se pueda atribuir todavía a los niños ni a los jóvenes, sino que sea un privilegio de los hombres maduros, que han pasado por la experiencia de la juventud, y tiene el conocimiento suficiente de las cosas humanas porque las han vivido. Por ello es la tarea adecuada al momento cumbre de la vida humana, a la etapa de la madurez sana y tranquila, que ya puede disfrutar del ocio y está liberada de las pasiones de la vida juvenil, y de las inquietudes cambiantes de la vida política. La contemplación es la tarea de los hombres maduros cuando entran en la etapa definitiva de la vida.

Tomás de Aquino está de acuerdo con esta ocupación cultural de la ancianidad, cual la había comprendido la porción más selecta de la tradición occidental platónico-aristotélica y estoica. Entre los muchos textos en que Tomás expresa su acuerdo con esta tradición griega podemos detenernos un momento de la consideración de uno muy significativo, en que distribuye el trabajo intelectual en los diversos campos de la filosofía conforme a las edades del hombre. Me refiero al prólogo de su comentario al célebre *Liber de Causis*. Este libro circulaba como si fuera de Aristóteles y era el texto de metafísica de los medievales. Tomás, que era buen conocedor de Aristóteles desde su juventud, llevado por la crítica interna y por la traducción que el dominico Moerbeka había hecho de la *Elementatio theologica* de Proclo, descubrió que era un simple resumen, hecho por un filósofo árabe, de las 210 proposiciones, reducidas a solas 30. Por su gran interés cultural, porque recogía y difundía la tradición neoplatónica, como las obras del Pseudo-Dionisio, Tomás lo valoró como instrumento para conocer las causas de los entes, el ser, el entendimiento, el alma. Lo que nos interesa es el prólogo de la obra, por lo que tiene de aproximación a la contemplación al alcance del hombre. En él Tomás recoge la tradición aristotélica acerca de la felicidad como acto de la vida del entendimiento. El hombre apetece la felicidad, y la encuentra en el acto de la facultad más noble, en el entender. El conocer perfecto se obtiene cuando se penetra en las causas sólo a través de los efectos, pero lo que nos interesa es ver a éstos al revés de nuestro modo habitual, desde sus principios. Si en la vida presente nuestro entendimiento se comporta como la lechuza en relación con el sol, ello no impide para que tengamos anhelo de conocer las cosas como son en sí mismas, desde dentro.

19. PLATÓN, *Repubblica*, VII, 523A-525A.

20. ARISTÓTELES, *X Ethic. Nic.* 7, 1178 a 5.

21. ARISTÓTELES, *Ethic. Nic.* I, 3, 1095 b 19.

Pero un poco de penetración desde el entendimiento, ya en esta vida, es más valioso que lo mucho que nos dan los sentidos. Por ello los filósofos han buscado conocer las causas en la medida de lo posible.

*“Por esto el intento de los filósofos consistía ante todo en penetrar, a través de lo que encontraban en las cosas, en el conocimiento de las primeras causas. Por ello ponían el conocimiento de las primeras causas como último fin, y a esta contemplación reservaban el último período de su vida.*

1. Comenzaban con la lógica, la cual proporciona el método de las ciencias;
2. Pasaban luego a la matemática, que está al alcance de los niños,
3. En tercer lugar estudiaban la filosofía natural, que requiere experiencia y por ello necesita tiempo,
4. En cuarto lugar entraban en la filosofía moral, de la cual el joven no puede ser un buen oyente,
5. Finalmente se dedicaban a la ciencia divina, que considera las primeras causa de los entes”.<sup>22</sup>

El texto es muy sugestivo y orientador de la actividad humana en su camino hacia la comprensión de la verdad en las diversas etapas de la vida. Hay una neta distinción entre los saberes que no requieren experiencia y son de pura especulación como la lógica, la matemática y la unión de ambas, que hacen posible lo que hoy algunos proponen, la *Philosophy for Children!* Luego vienen los saberes que tienen relación con la experiencia, la del mundo que es primaria, y hace posible el conocer la física y la filosofía de la naturaleza; más difícil todavía la ciencia y el saber que se refiere al hombre en su dimensión ética. He aquí la clave para nuestro tiempo que se obstina en ser juvenil. Tomás piensa que los jóvenes, de suyo, no son “los alumnos ideales”, porque les falta experiencia. La sentencia es tajante *-iuvenis esse conveniens auditor non potest!!-* En este campo entra todo lo referente a la vida humana en su dimensión personal, social, política. Es el saber que compete al hombre en su madurez, como ejercicio.

La vida de la “polis”, el bien común, la paz, la justicia, implica hombres rectos capaces de entregarse al servicio de los demás. Requiere por ello una virtud probada. Y por encima de todo ello está la vida plena del espíritu, que asume todas las facetas que ha ejercido anteriormente y las supera. Eso lo hace la vida contemplativa, la vida adecuada a la última de las edades del hombre. En la ancianidad por tanto el hombre, que ha recorrido las etapas anteriores, está dispuesto para penetrar en lo más profundo de la realidad y puede lograr la felicidad a la cual se siente llamado. El fin del hombre es la vida feliz. El fin dispone de todos los medios y en el orden práctico es como el principio en el orden especulativo.

### 2.3. Ancianidad y vida contemplativa

Tal es la importancia vital de la contemplación, tanto para el desarrollo de la filosofía en su etapa definitiva, cuanto para el desarrollo completo de la vida humana. La contemplación como actividad ordenada a la consideración de lo más profundo de la realidad pone el sello a la vida humana, es lo propio del

22. S. TOMÁS, *In Librum De Causis Expositio, Proemium*, n. 8 Edit. C. Pera, Marietti, 1955

sabio, y es la actividad que sólo se ejerce de modo integral en la edad madura del hombre, en la última etapa de la vida. Todo esto es de gran peso cultural. Los ancianos, desde esta perspectiva, no son los hombres debilitados, que hay que descargar de todo peso, sino que se presentan ¡como los atlantes que llevan el mundo sobre sus espaldas!

Si esto es así, tenemos que analizar un poco más de cerca, en qué consiste la contemplación como tarea humana. Podemos ir desde la actividad al objeto de la misma y a los requisitos que implica para poder ser ejercida de modo conveniente. Tomás de Aquino nos sirve de orientación, como experto guía en esta actividad y en este género de vida.

Vamos desde la actividad, la contemplación, al género de vida que trata de ser, a la vida contemplativa. La contemplación se ejerce de muchos modos. Comienza por los sentidos y se realiza de modo ya inicial en el sentido de la vista. El ojo es el sentido del mundo, el de la contemplación inicial. La visión es ya un tipo de conocimiento perfecto: el sujeto se encuentra frente al objeto sin meditación. El sujeto es esta persona singular, el objeto una realidad concreta presente. Hay un ver y un mirar, hay lugares para el ver y el mirar del hombre. Uno se asoma a los miradores: y es cuando contempla. El hombre sube a las montañas para contemplar. El texto de la Confesiones de San Agustín, *Et eunt homines mirari alta montium...* que hacía llorar a Petrarca cuando lo leía en su ascensión al Monte Venteux es muy expresivo a este respecto.<sup>23</sup> Es un modo de turismo ecológico, la contemplación de la naturaleza. Es una de las cosas que Kant pone de relieve en la contemplación del cielo estrellado sobre mí.<sup>24</sup> Es lo que canta Fray Luis de León en su glosa a la *Noche serena*.<sup>25</sup>

La contemplación nos pone ante la realidad tal cual “aparece”. El hombre se mira al espejo y se sorprende de sí mismo. Mira la cara de la persona amada en la presencia y suspira en la ausencia: ¡“Véante mis ojos...”! Nuestras expresiones lo indican bien claro, ¡“nos vemos”, “hasta la vista”! El sentido de la vista indica toda una cultura del aparecer y de la presencia, del mundo “a los ojos” y del hombre nacido para ver. Este ver inicia en la vista como sentido que nos da la presencia del singular, y prosigue en los sentidos interiores, como la imaginación, la cogitativa, que se ocupa del singular en su ausencia y queda la nostalgia de esa fuerza de la presencia en el acto de la mente que penetra en el singular, por el rodeo de la abstracción, por la vuelta en la reflexión, por el retorno al “fantasma”. El hombre habla de un “ver de la mente”, un quedarse tranquilo ante el objeto contemplado. Los neoplatónicos identificaban la contemplación con el movimiento circular de la mente, movimiento del alma, acto del ser perfecto, cuando se mueve de modo uniforme en torno al centro o al objeto de la mente. La imagen es de Dionisio, pero Tomás no tiene inconveniente en aceptarla.<sup>26</sup>

Esta analogía de la vista con la mente, y del ver y el mirar del ojo humano para dar el salto hacia la actividad del entendimiento, aparece al principio de

23. S. AGUSTÍN, *Confess*, X, 4

24. I. KANT, *Crítica de la razón práctica*, c.19: “Dos cosas llenan mi alma de admiración...”.

25. FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras*, Madrid, BAC, 1949, p. 1471.

26. DIONISIO, *De div. Nom.* C. 4. 8, pg. 3, 704. S.TOMÁS, ST, II,II, 180, 6.

la Metafísica de Aristóteles, cuando afirma que todos los hombres desean saber, cuya señal es el amor que tiene el hombre al sentido de la vista.<sup>27</sup> Hay un ver con los ojos y hay un ver análogo de la mente. El problema está en que el ojo tiene intuiciones propias, la mente sólo análogas. Lo singular le resulta accesible solo mediante un rodeo, el de la abstracción y el de la reflexión.

De la actividad contemplativa procede lo que llamamos “vida contemplativa”, ejercicio de la mente en torno a su objeto, al modo de la mirada, en la paz y quietud de la penetración en él. “Se dice vida contemplativa la de aquellos que se ocupan principalmente de la contemplación de la verdad”.<sup>28</sup> La vida de la mente es la de una actividad que se trasciende en su objeto, porque se prolonga hasta él en sus actos. Este es el privilegio de los seres cognoscentes, tener la apertura para ir hacia las cosas, ser capaces de acogerlas en su dimensión intencional, y por este camino enriquecerse con las formas de los entes. El conocer se dirige al ser, y cuando logra la adecuación de la mente con las cosas consigue la verdad. La vida de la mente por una parte es la expresión de un sujeto personal, que se concentra con toda su energía en el ejercicio de una de sus actividades. No es la mente la que conoce sino el hombre por medio de la mente.

Por otra parte la vida de la mente es la apropiación de lo que la trasciende, del ente y de sus propiedades, la asimilación de lo que es él. Por ello la vida contemplativa se describe como vida orientada a la posesión de la verdad, de lo que son las cosas del mundo, lo que es el hombre como ser en el mundo, de lo que trasciende el mundo, que es Dios, principio y fin del hombre mismo. La gran tarea de la vida contemplativa es conocer la verdad, comunicarla y testificarla. Una tarea que ha comenzado con el primer hombre y nunca se dará por concluida. La contemplación es ante todo contemplación de la verdad. Esta debe ser buscada, encontrada, contemplada.

El hombre da su medida en esta tarea de búsqueda y de encuentro, de inquietud y de gozo en la verdad. No basta la búsqueda como pensaba Lessing,<sup>29</sup> porque el hombre necesita la posesión de algunas verdades de modo definitivo, como son los principios y los datos de la existencia. No es sólo para “cambiar” la realidad y no para contemplar, como Marx propone comentando a Feuerbach, pensando que los filósofos han perdido el tiempo ocupados sólo en contemplar la realidad y no en cambiarla, cuando lo que importa es el cambio del mundo de la productividad y del hombre como ser económico.<sup>30</sup> Porque no hay cambio racional sin una contemplación y penetración en la verdad de lo que se va a cambiar. La contemplación es la que da sentido a la posesión del mundo real y a los posibles cambios que afectan al hombre y le abren la vía del progreso.

La contemplación y la vida contemplativa, como todas las demás actividades del hombre, requieren condiciones para que se pueda realizar con provecho. En la tradición griega estaba implicado el proceso de las etapas anteriores. Tomás de Aquino mantiene esta misma teoría. No se entra en el mundo del espíritu sin

27. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 1, 980 a 1.

28. S. TOMÁS, ST, II.II. 180, 1.

29. LESSING, *Werke, Eine Duplik*, ed. Hempel, XVI, 26.

30. K. MARX, *Tesis sobre Feuerbach*, Tesis, XI. Obras, X, 321.

una preparación adecuada. La vida contemplativa es la del hombre que ha conseguido la paz, dentro y fuera, la preparación conveniente para ver las cosas, casi al revés de lo usual, no de fuera a dentro sino desde dentro y se ha dispuesto con el esfuerzo del proceso requerido para el ejercicio de esta actividad. La contemplación tiene un acto principal, que es la consideración de la verdad última y más profunda, la verdad que coincide con el ser y la llamamos Dios, y tiene otros actos que disponen para ella. Tomás indica los requisitos y el proceso que lleva consigo la vida contemplativa: implica en primer lugar de la adquisición de las virtudes morales, va acompañada otros actos de la mente, parte de la consideración de los efectos de la primera causa, y por último culmina en el acto de contemplación de la verdad que es Dios mismo.<sup>31</sup>

La ancianidad es la edad de la vida más propicia para tener esas condiciones, de ejemplaridad ética, de conocimientos previos, de ejercicio para considerar las cosas humanas y llegar a penetrar en las causas de las mismas, y sobre todo porque tiene hambre de Dios y lo busca. Para entender esto hay que considerar las dos vertientes del ser humano, la corporal y la espiritual. Es esta la que cuenta. Hay que entender que es el alma la que contiene el cuerpo y no al revés, como es Dios quien contiene el mundo y no el mundo a Dios. Tomás lo recuerda, completando a Aristóteles.<sup>32</sup> El hombre es un ser compuesto. En su esencia entra la materia y el espíritu. Este trasciende el tiempo y crece en perfección. Aquella está medida por el tiempo y tiene procesos de desintegración. Hay que buscar aquí las raíces de lo humano en la plenitud y las definiciones de la contemplación.

En la ancianidad las fuerzas corporales decaen, las del espíritu pueden crecer. Lo recordaba en estos días Juan Pablo II, al celebrar los 50 años de su sacerdocio: “Con el pasar de los años se van debilitando cada día las fuerzas corporales. En cambio la fuerza interior no queda sometida a las leyes físicas. Somos los ministros de Cristo y de su Esposa y por el tiempo que Dios disponga nos espera una empresa formidable. No deben desalentarnos jamás las dificultades y las pruebas, ni tenemos que caer en la tentación de repetir el lamento de Jeremías, “Ay de mí, Señor Dios, que ya no se hablar, porque soy viejo”. El señor nos empuja: “No digas soy viejo, sino que vete a quienes te envió y anuncia lo que te ordeno”.<sup>33</sup> La juventud y la madurez del espíritu son mayores en la ancianidad, y por ello la contemplación es más duradera y profunda. Hay algo de sobrehumano en la praxis de la contemplación cuando es mantenida en vigor en los años de la plena madurez del hombre.

Todo esto tiene aplicación plena en la vida cristiana, cuyo destino es la contemplación de Dios visto, no en espejo y por enigmas cual acontece en esta vida, sino cara a cara, como nos revela la fe. La gracia lleva al hombre a su perfección. Pero el cristiano no se implanta en lo humano como algo externo y como pura añadidura, sino que supone lo humano y lo lleva a plenitud. La ancianidad es el tiempo propicio para la asimilación y vivencia de la fe cristiana, para que el hombre, libre de las inquietudes y los afanes de la vida cotidiana, pueda

31. S. TOMÁS, ST, II,II, 180, 4.

32. S. TOMÁS, ST, I, 8, 1 ad 2.

33. JUAN PABLO II; OR, Jueves, 7 noviembre, Homilía.

disfrutar del “gozo de la verdad”. La familiaridad con Dios en la contemplación da a la ancianidad esa aureola de paz y sosiego, de prudencia y de sabiduría, que es la corona espléndida de la vida humana.

### *Conclusión*

*El problema de la ancianidad en nuestros días es de tipo existencial y tiene raíces culturales. La ancianidad se encuentra marginada, alienada, doliente. Esta marginación además de ser injusta es un grave error social y cultural. Es preciso hacer un cambio de marcha. La ancianidad de nuestros días, en los países desarrollados, está en condiciones de vivir la plenitud humana a nivel personal, con salud, suficiencia de bienes para vivir, experiencia de vida y capacidad de ejercicio. La sociedad necesita de su presencia y de su aportación. En vez de condenar a los jubilados a sentirse inútiles, hay que buscar los modos de que puedan aportar lo que ellos pueden dar, consejo, prudencia, valores, virtudes. Se ha visto patente el error que suponía para la vida cultural de la nación apartar a los profesores de la tarea docente al llegar a los 65 años. La Universidad se empobrece. Los sabios no son los jóvenes imberbes que acaban de ganar la cátedra, sino los que han encanecido en el duro trabajo de la reflexión, el estudio, la emulación. No sólo hay que preparar a todo hombre para esta tercera etapa de la vida, sino que hay que abrir cauces de presencia y de participación para los que ya están en ella. Encontrar el puesto de cada uno y lograr la cooperación de todos en la edificación de una sociedad, donde los valores humanos tengan la primacía, y la edad más plena del hombre pueda contribuir al bien común. Ocurre con esta marginación de la ancianidad algo semejante a lo que se llama la “fuga de cerebros” al extranjero por falta de preparación y de puestos en nuestros países. La cultura de la eficiencia tiene que dejar paso a la cultura del amor y de la persona. La ancianidad tiene que poder ejercer su función de vida plena en la virtud, en la presencia, en la comunicación de los valores que ha conquistado. El ejercicio de la contemplación ayuda a la persona a sentirse realizada y la sociedad progresa con los frutos del ejercicio de su contemplación. El problema actual de la ancianidad es de todos, porque es humano y nada humano no es ajeno. Descubrir la dimensión espiritual, humanizante, contemplativa, puede ser una ayuda para la solución radical del grave problema actual. En la cultura del futuro tiene que haber un puesto digno para todo ser humano, sea niño, joven, o anciano, porque todo hombre lleva consigo una dignidad que lo trasciende.*

*La conclusión de estas reflexiones es triple:*

- 1. La tercera etapa de la vida, la ancianidad debe ser caracterizada, preferentemente por sus notas positivas: madurez, interioridad, espiritualidad.*
- 2. La ancianidad necesita cultivar la contemplación en sus múltiples dimensiones como actividad preferente para bien de la persona y de la sociedad.*
- 3. La cultura actual debe invertir la jerarquía de valores, admitir la primacía de la persona, de la virtud y de la sabiduría y en consecuencia crear espacio para la actuación adecuada de los ancianos en la vida social.*

*Esta conclusión, teórica y práctica, humana y cristiana, es un rayo de luz para nuestra larga noche de marginación de la ancianidad.*

DR. ABELARDO LOBATO. O.P.  
Rector de la Facultad de Teología de Lugano